



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad de la autora; queda hecho el depósito que ordena la ley.

Todos los ejemplares llevan su contraseña reservada.

120567
55
V53

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PARTE PRIMERA

I

La Marquesa de Valflores á Pablo de Hinestrosa

Castillo de Valflores, Enero de 1865.

¿Que vaya á Madrid, hijo mio? ¿Y para que desees al lado tuyo á tu anciana abuela, que sería para tu vida de soltero un embarazo perpetuo? No quiero ocasionarte esas mil sujeciones que una señora de edad avanzada impone siempre á un joven gallardo y preferido de las damas, como lo eres tú.

Y esto, Pablo mio, no es decirte que no esté bien cierta de tu amor; yo sé que me quieres con todo tu corazón, y que por esta madre inútil y anciana darías tu vida sin esfuerzo. ¡Oh, hijo mio! ¡no en vano os he educado y os he amado desde vuestra infancia más tierna, á tu hermana y á tí! ¡No en vano os he mirado, pobres huérfanos míos, como un depósito sagrado y querido que Dios confiaba á mi celo y á mi ternura! ¡Cuán bien habéis pagado mi amor! ¡Cómo me lo habéis probado siempre! Eufemia, menos expansiva, ó mejor dicho, más tímida que tú, no era tan cariñosa ni tan ve-

hemente en sus manifestaciones, y mis ojos maternales han tenido que adivinar lo que ella no me expresaba; pero tú no has perdonado medio alguno de hacerme comprender toda tu terneza y gratitud.

Sólo contabas ocho años cuando quedaste sin padre, y tu hermana acababa de nacer; vuestra madre le siguió pocos meses después al sepulcro; y yo os miré y acogí como un legado inestimable que mi infeliz hijo me hacía.

¡Para vosotros he vivido, y sólo por vosotros! Ya anciana, me sentí rejuvenecer con vuestros gorjeos infantiles; hice de vosotros el único objeto de mi solitaria existencia, y os amé y os cuidé como lo hubieran hecho vuestros padres.

Todo lo que yo sabía os lo enseñé, y vosotros habéis pagado con usura mis desvelos.

¡Qué orgullosa estoy de vosotros, hijos míos!

Las más bellas dotes del alma y del cuerpo os adornan: mi corazón responde á los vuestros con ecos unísonos, y jamás vuestra anciana abuela llamará á ellos en vano.

Pero, Pablo, la tarea de educaros, aunque tan grata, había agotado mis fuerzas, ya cansadas por grandes dolores: cuando te ví mayor de edad y con tu carrera terminada, confié á tus cuidados á tu hermana y quise gustar la paz del retiro y hallarme sola con Dios y con la naturaleza.

No creas, hijo mío, que aquí vivo aislada y triste, temor que me manifiestas en todas tus car-

tas, durante el año que hace que me separé de vosotros; aquí me acompañan pocos, pero buenos amigos, algunos de los cuales tú conoces, pues á mi instalación en este que Eufemia y tú llamáis *un nido de águilas*, pasaste un mes en mi compañía con tu hermana.

Ya sabes que este castillo se eleva en medio de un pintoresco valle, á cuya falda hay una risueña aldea: el valle y el pueblecillo llevan el mismo nombre de nuestra familia, y todas las tierras que les circundan son de nuestra pertenencia; y bien, ¿crees tú que estoy sola entre nuestros fieles colonos que tanto me aman?

El señor cura de Valflores, el médico y el alcalde, cada uno de estos dos con su respectiva esposa, vienen á hacerme la tertulia por la noche, y jugamos al tresillo hasta las diez, hora en que todos se van á buscar la cena: además, hijo mío, he abierto en el piso bajo del castillo una especie de escuela para los niños de la aldea, pues no la había, y he traído para regentarla á una pobre joven, hija de uno de mis mayordomos, que quedó huérfana y sin recursos, por efecto de la honradez con que su difunto padre cuidó de mis intereses: la pobre Modesta vive á mi lado, y le doy un gabinete cuya ventana cae sobre el valle, un cubierto en mi mesa y doce duros cada mes, para que enseñe á mis queridas niñas á coser en blanco, á hacer calceta y á escribir; yo les enseño á leer el catecismo y las cuatro reglas simples, para que

puedan, cuando se casen, echar sus cuentas en su casa.

El señor cura ha querido tomar parte en esta buena obra, y las tardes de los jueves viene á la escuela y explica á las niñas durante una hora algún punto de religión, con la sencillez y ternura que estas inteligencias infantiles necesitan.

Ya ves, hijo mío, cómo tengo en qué entretenerme: además, soy la camarera de la Virgen que está en el altar mayor de la iglesia, y yo misma hago los mantos y vestidos de la SEÑORA, y tengo el inestimable honor de vestirla y cuidar su guardarropa.

A pesar de mis sesenta y cinco años, aun veo á bordar y á hacer encajes de aguja para los paños de altar.

No pases, pues, pena por mí, hijo mío: yo iría á veros durante un mes; pero, te lo repito, una señora de mi edad, y ya achacosa, os embarazaría bastante á Eufemia y á tí; porque yo necesito acostarme temprano, comer á ciertas horas y no dejar mi regla para nada.

Ya sé yo que vosotros os sujetaríais en todo á mi gusto; pero yo no quiero violentaros; y además, te lo confieso, á pesar de mis deseos de veros, me costaría mucho trabajo dejar mi querida soledad.

El alma, que es siempre joven y entusiasta, se halla aquí más cerca de su Dios que en las grandes poblaciones: estos inmensos campos; este cielo sin límites, que se despliega á mis ojos como el

pabellón que corona al trono del Señor; estos árboles centenarios que han visto deslizar á su sombra los pasos de mis padres, los míos y los del vuestro; este río, á cuyas orillas soñé tantas veces con el amor y la felicidad; la humilde iglesia de la aldea, donde hice mi primera comunión y donde os traje á Eufemia y á tí para que hiciérais la vuestra; este risueño cementerio, donde duermen mi esposo y vuestros padres, es decir, todo lo que amé en la tierra, y donde tengo preparado mi último lecho; todo esto, hijo mío, habla á mi corazón, todo esto me acompaña y á la vez me acerca al cielo.

Deja, hijo mío, á la caduca encina que viva lo que pueda al abrigo de los antiguos torreones, sus compañeros y amigos: tú eres el joven arbolillo aun cubierto de flores y de aromas: cuida de tu hermana y da tu sombra á esa tierna y delicada planta: si quieres probarme tu cariño, sé para ella á la vez padre y hermano, y haz que la cerquen el amor, la paz y la felicidad.

No terminaré esta carta sin encargarte mucho me hables extensamente del carácter de vuestra tía, de la que he oído hablar bastante, pero á la cual no conozco: vuestra madre era un ángel; pero su hermana, en otro tiempo, no se le parecía; sin ser mala, era coqueta, frívola y algo dominante: así lo decían las personas que la habían tratado en Italia, donde residió durante algunos años con su marido.

He aprobado de todas veras el que haya ido á vivir con vosotros: escasa de bienes de fortuna, tú has debido tenderla una mano protectora; y recibéndola á vuestro lado, das á Eufemia una compañera digna y muy precisa á su edad: con vuestra tía podrá tu hermana ir al teatro, visitar y salir siempre que le sea necesario, dejándote á tí la conveniente libertad.

Así, pues, te lo repito: has hecho una acción noble acogiendo á esa pobre Baronesa, tan romántica y tan desgraciada, positiva é idealmente; pero vigila con cuidado á tu hermana, y observa si su carácter y maneras sufren alguna variación, debida al ejemplo é ideas de su tía; y si algo te choca ó te lastima, comunicámelo al instante.

Creo que tu tía se llamaba Águeda; pero ella quiso idealizar su nombre para escribir versos, y empezó á firmarse Galatea en los pésimos que hacía: ¿cómo se llama hoy? Ha sido muy bonita y muy coqueta: yo deseo que no sea ya ni lo uno ni lo otro, y que ahora sea lo que sus años exigen.

Adiós, hijo mío; dí á Eufemia que espero con impaciencia carta suya; dale un abrazo por mí, y recibe otro para tí, de tu madre

ANA.

II

Eufemia de Hinestrosa á la Marquesa de Valflores.

Madrid, Enero de 1865.

De muchas cosas tengo que hablarte, mi querida abuelita, y si he tardado algunos días en escribirte, ha sido porque quería hacerlo largamente, y no me dejaban sosiego para ello el cuidado de la casa y los nuevos quehaceres que me ha ocasionado la instalación de mi tía á nuestro lado.

¡Mi tía! ¡Cualquiera diría que me cuesta trabajo el mirar como cosa *mía* á esta señora que tiene ideas tan extrañas y tan extraño modo de ver todas las cosas!

La Baronesa es amable, casi con exceso; me colma de caricias y de halagos; pero ¡ay, abuelita mía, estas caricias dejan frío mi corazón! Son tan afectadas, tan repetidas (atendido á que nunca hasta ahora me ha tratado), son, por decirlo así, tan rebuscadas, que yo no sé corresponder á ellas, y permanezco confusa, callada y como atónita en presencia de sus extremos.

Voy á ver si puedo retratarte á la pluma, y aunque sea á grandes rasgos, á mi tía Galatea, según quiere que se la llame.